

EL HOMBRE QUE VINO DEL SUR

Lema: Toxi

He investigado a pedófilos, camellos, narcos, asesinos, ladrones, timadores... pero ninguno de ellos ha dejado tanta huella en mí como aquel hombre de Barcelona.

El dos de junio de dos mil ocho, yo circulaba con mi Ibiza por la Ronda Litoral con dirección a la autovía del Nordeste, camino a San Andreu de la Barca. Eran las siete treinta de la mañana, cuando veía a mi derecha la Vila Olímpica del Poble Nou; a mi izquierda, la Barceloneta. Apenas llevaba en Barcelona un par de meses, había pedido el traslado desde Madrid para poder descansar de mi anterior cometido en el Grupo de Delitos Telemáticos, que fue creado para investigar delitos en la red dentro de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, donde ingresé para poder poner en práctica mis conocimientos de ingeniero en informática. Me llamaron por la radio. Desde la Comandancia me indicaron que me acercara a la Carrer del Doctor Trueta, numero veinte, desde donde alguien había llamado para notificar que en las escaleras de la planta cuarta había un hombre tendido, tal vez muerto. Nunca había intervenido en otros asuntos que no fuesen la detección de pedófilos y el seguimiento de sus andanzas por la red, por lo que la orden que me dieron me produjo cierta preocupación. Pensé que mi superior se acordó de mí porque yo vivía a escasos dos kilómetros del lugar que me indicaban, no porque fuese el más idóneo para investigar ese asunto, que tal vez no sería relevante. Cuando llegué a la dirección que me indicaron, dejé mi coche en doble fila a las puertas del edificio al mismo tiempo que tras de mí se detenía un coche de los Mossos d'Esquadra, del que se bajaron dos jóvenes a los que tuve que mostrar mi identificación de Capitán de la Guardia Civil. Noté cierta acritud en sus semblantes, a pesar de que me saludaron marcialmente y se pusieron a mi disposición. A los pocos segundos de nuestra llegada, se acercó a nosotros un coche de la policía urbana. Para no herir susceptibilidades, les pedí que se unieran al grupo y les indiqué que me hicieran el favor de situarse a la puerta del edificio, para que no entrara ni saliera nadie que no fuesen mis compañeros, que tardarían poco en llegar. Los dos Mossos y yo subimos las escaleras. Dejé a uno de ellos, a la mujer, en la planta tercera y, tras llegar al supuesto cadáver, rogué al otro que se llevase de allí a los cinco o seis curiosos que lo rodeaban. Me acordé de una película de terror que vi días antes. No necesité tocar a aquel hombre para comprobar que había fallecido. Su cara lo decía. No era un cadáver con apariencia de haber muerto traumáticamente, no tenía heridas aparentes. Lo único que llamaba la atención era su desnudez, su completa desnudez y el

que sus zapatos, ropa interior, pantalones y camisa se hallasen por este orden en los escalones que llevaban a la planta cuarta. Era un hombre de entre cincuenta y cinco y sesenta y tantos años, que yacía boca arriba, sentado en un escalón, con la cabeza apoyada en el rodapié, la mano izquierda tapándose los genitales y la derecha con los dedos casi clavados en el pecho. Por unos instantes sentí como propia la inquietud del moribundo, que incluso en los últimos estertores de muerte había sentido pudicia y se había tapado sus partes nobles. Llamé a Comandancia y les informé de lo que había encontrado. Mi comandante me ordenó que me hiciera cargo del asunto. Cuando llegaron los de la científica, me dieron unos guantes de látex y mientras ellos trabajaban pude hurgar en la ropa del difunto. No llevaba documentación, tan solo un teléfono móvil. Di instrucciones para que se tomaran huellas de todos los pomos de las puertas del edificio, también en las del ascensor y en la cabina del mismo. Quise llamar a algún conocido o familiar del muerto, pero para mi sorpresa la agenda del móvil que acababa de sacar del pantalón estaba vacía. El móvil solo tenía grabadas varias llamadas de un mismo número en la bandeja de recibidas, que era el mismo número grabado en las de llamadas realizadas. Nada más, ni mensajes. Llamé a ese número, mas nadie contestó, ya que estaba apagado o fuera de cobertura. El forense apenas reconoció el cadáver. Le bastó un examen visual para concluir que aquel hombre había fallecido a causa de un infarto de miocardio, lo que me tranquilizó, ya que en cuanto alguien denunciase su desaparición se terminaría el asunto. Que se hubiese hallado el cadáver en tan extraña situación nada importaba, si había muerto de muerte natural. A media mañana el juez dio orden de levantamiento, por lo que pasada las doce la normalidad volvió a aquél bloque de pisos de la Carrer del Doctor Trueta.

Yo quería hacer méritos en mi nuevo destino, ante mis superiores, por lo que por la tarde cursé una petición urgente para que se me dieran dos datos: el nombre del contratante del número grabado en el móvil y el del propietario de su tarjeta SIM. Antes de regresar a mi casa hablé con el médico forense para intentar que hiciera la autopsia cuantos antes. Pareció molestarse por mi petición y con voz que intuí de enfado me afirmó que no erraba en su primera apreciación. El hombre había fallecido de infarto, pero no podía asegurar si había sido natural o inducido hasta que no tuviera los resultados de los análisis y concluida la autopsia.

Cuarenta y ocho horas después del levantamiento, nadie había denunciado la desaparición, ni en Barcelona ni en ningún lugar de España. Busqué su rostro en todas las fichas de desaparecidos en los dos años anteriores, sin resultados.

Tres días más tarde, sobre las once de la mañana, llegó la notificación de la identidad del propietario del número al que se había llamado desde el teléfono del muerto. No sé por qué, no la del dueño de la tarjeta, que llegó unas dos horas después. Al menos, ya tenía un nombre, de varón. El asunto empezaba a esclarecerse, eso creía. El número pertenecía a Jorge Villasante Delgado, por lo que supuse que el tal Jorge tendría que ser algún amigo íntimo o jefe del hombre muerto, que siempre tenía su teléfono desconectado. Un nuevo dato vino a enredar el asunto. Jorge tenía otro número de teléfono con el mismo operador de telefonía. Dado que el teléfono del primero de los números, el que ya conocía, siempre estaba desconectado, llamé con precipitación al segundo móvil, desde el mío. Quería hablar con Jorge lo antes posible. Confieso que se me enturbió el entendimiento. El móvil que el hombre desnudo había llevado en el bolsillo del pantalón empezó a sonar en aquel preciso momento. Estaba seguro de que era Jorge quien llamaba. Fui un idiota. Atendí la llamada, hasta llegar a comprender que el “diga” que oía en mi móvil personal era el mismo que yo decía en el móvil del cadáver. Estaba aturdido, confuso. Colgué. Por unos momentos no entendí. Cerré la puerta de mi despacho y me senté en el sillón, malhumorado por mi error. Pensé en por qué dos números para una sola persona que parecía llamarse a sí misma, un hombre desnudo, muerto en el rellano de una escalera en un bloque donde nadie lo conocía.

Al día siguiente llamaron a mi despacho para traerme el informe sobre la tarjeta. El móvil pertenecía también a Jorge Villasante. Al menos, ya sabía el nombre del hombre desnudo, solo me faltaba averiguar quién era, dónde vivía. En el número veinte de la Carrer del Doctor Trueta solo se había encontrado una huella suya, en la parte interior de la puerta del ascensor que da acceso a la planta cuarta. Era posible que él la abriera para que alguien pudiera salir, o que él mismo saliera allí. En esa planta vivía una pareja que estaba de vacaciones - a la que no pude localizar-, un matrimonio de ancianos, una pareja de sudamericanos con sus cuatro hijos, y dos jóvenes universitarios. Ningún vecino lo había visto antes. Tal vez llegó de madrugada al edificio. El resto de la tarde no trabajé, me dediqué a pensar y a estudiar el asunto.

Dos días más tarde se precipitaron los acontecimientos. El asunto había terminado. Supe que el hombre desnudo había muerto por causas naturales, que vivía en un chalé en Palos de la Frontera, Huelva, y que trabajaba como ingeniero químico en aquella localidad. Siempre es desagradable ser ángel de malas noticias. La esposa de Jorge se sorprendió de que la llamase desde Barcelona, más que le dijera que su marido estaba en esa ciudad.

- Mi marido está en Sevilla, en unas jornadas, me dijo. Cuando le conté lo acaecido, enmudeció y solo pude oír su llanto. Colgó.

Varios días después, la familia pudo hacerse cargo del cadáver de Jorge. Se lo entregué a sus dos hijos, un varón y una joven, ambos adultos. El asunto, oficialmente, había terminado. No para mí, que seguía con la mente carcomida por la curiosidad. ¿Por qué Jorge Villasante murió desnudo en una escalera? ¿Qué hacía en Barcelona? ¿Por qué tenía dos números de teléfono, desde los que se llamaba a él mismo? ¿Dónde estaba el otro teléfono móvil, desde el que se llamaba, aquel que siempre estaba desconectado o fuera de cobertura? Tuve que atender otros asuntos urgentes hasta mediados de junio, sin que pudiese quitarme de la mente el recuerdo del hombre desnudo.

El cielo de Palos de la Frontera es distinto, más luminoso, más limpio, más azul que ningún otro. Era la primera vez que visitaba Andalucía. Los dos primeros días de vacaciones los pasé descansando, tendido en las tumbonas de la playa, o en los chiringuitos, bebiendo cerveza entre tapa y tapa, que casi siempre eran de gambas o quisquillas. Mi compañera llegaría en cuanto resolviera el asunto que se traía entre manos, uno relacionado con un seguimiento a gente sospechosa de colaborar con ETA. Se alegró del destino elegido para pasar nuestras vacaciones, sin saber qué motivó la elección. No era la curiosidad ni el sentimiento de haber dejado un asunto sin acabar la causa de que estuviese en Palos, sino una cierta obsesión por Jorge Villasante.

Al tercer día de vacaciones fui a visitar a Dolores, su viuda. No vivía sola. Su hija, Mónica, y el compañero de ésta se habían instalado con ella en un chalé que era de nivel medio, tenía chimenea, jardín y hasta una pequeña piscina a pesar de estar ubicado muy cerca de la playa. Dolores me saludó con voz triste, apagada, y ojos huidizos. La noté mal de ánimo, depresiva. Me ofreció una cerveza y me acomodó en el salón, a pesar de lo agradable que se estaría en las hamacas que había bajo el sauce del

jardín. Aceptó mis condolencias y mis explicaciones de cómo había llevado el asunto, casi sin atenderme, con la mirada perdida en un retrato de su marido que había sobre la mesilla del dintel de la chimenea. Por unos momentos pareció que volvió a la realidad para preguntarme si sabía qué había llevado a su esposo a Barcelona, por qué estaba desnudo. Le contesté que no y le añadí que si me ayudaba podría satisfacer su curiosidad. Una hora después me despedí de ella llevándome entre las manos el disco duro del ordenador de su esposo.

Inés, mi compañera, llegó el sábado, un día después de mi visita a Dolores. Olvidé por unos días mi obsesión y me dedicué a complacerla, a estar casi todo el día en las tumbonas de la playa y en las noches en salas de fiestas y haciéndole el amor. El día veintinueve, miércoles, se le acabaron las vacaciones a Inés.

El día treinta amaneció con prisas. Por la tarde estábamos en Barcelona. A primero de mes aproveché la ausencia de mi compañera – ella tenía que proseguir su seguimiento en Bilbao-, y cogí un vuelo a Madrid para dejar el disco duro a Luís Ortega, uno de mis colaboradores del Grupo de Delitos Telemáticos. Por la noche, ya estaba de regreso en mi piso. En los días precedentes había instalado el disco duro en uno de mis ordenadores y había volcado toda la información que contenía en otro de seguridad. Inés tardaría, por lo menos, una semana en volver, tiempo que sería suficiente para que yo pudiera finalizar con tranquilidad el trabajo que había emprendido. Tuve suerte, mucha suerte, el hombre desnudo tenía instalado el Outlook Express, por lo que en cuanto accedí a su disco duro se cargó la conexión a su dirección de correos. Sentí una enorme curiosidad, alegría y liberación. Se me pedía la contraseña para poder acceder a los nuevos mensajes, pero se me mostraban todas las bandejas con mensajes hasta el día anterior a la muerte. La de entrada contenía setecientos cincuenta, tantos como la de salida, todos recibidos de la misma dirección, como si Jorge hubiese borrado otros además de los spam. Los mensajes de la bandeja de enviados eran respuesta a los recibidos. Sentí cierta aprehensión, dudas sobre la moralidad de lo que estaba haciendo. No es ético hurgar en la vida íntima de una persona, incluso cuando está muerta, aunque sea con permiso de sus familiares. La correspondencia es solo patrimonio de su dueño. Yo, apartado de cualquier obligación profesional, como un ladrón entré en el mundo secreto e íntimo de Jorge Villasante. Los mensajes recibidos eran de amor, los enviados también. Verifiqué las fechas. Los más antiguos se remontaban a once años atrás, los más recientes habían sido escritos con un intervalo de

tiempo de veinticuatro horas. Por casualidad, me percaté de que los mensajes recibidos siempre se habían enviado entre las cuatro y las cinco de la tarde. Durante tres días, los leí todos. Jorge Villasante estaba enamorado, infinitamente enamorado de una mujer llamada Rosa, a la que él llamaba “gorrioncilla”. Habían sabido el uno del otro por un foro de internet, en el que Jorge preguntó a Rosa si quería ser su novia virtual. A partir de su consentimiento, los mensajes se volvieron dulcísimos, cautivadores, impregnados de un sentimiento amoroso lleno de ausencia, de soledad, pena y amargura. Leí sus pensamientos, sus deseos, frustraciones y miedos. Jorge y Rosa querían a sus conyugues, pero el sentimiento amoroso era distinto entre ellos. Nunca antes habían sentido las sensaciones que sintieron estando juntos, jamás hubiesen pensado que el amor era tan excelso como cuando se vieron en Barcelona. Era la primera vez que se veían, pero el camino al hotel, según relataba Rosa, fue viajar en el espacio, solos, en la inmensidad de un espacio sin gravedad, sin gente, sin edificios, sin otro horizonte que no fuese unos labios y unos ojos nunca vistos antes, mas impresos en su alma desde el inicio de su vida. Jorge relataba en uno de sus mensajes los ignotos sentimientos que habían aflorado en su ser la primera tarde en Barcelona, cuando años atrás estuvo con Rosa apenas tres horas. Cuando tuvo que despedirse de ella, relataba cómo lloró en el vagón del tren, que estaba lleno de gente anónima que no recordaba, pues él se sentía solo, inmensamente solo, infinitamente solo mientras lloraba en una de las esquinas del vagón. Contaba a Rosa cómo la veía en el andén, con su impermeable rojo y su boina gris, y sus lágrimas, y sus ojos tristes y llenos de luz. Ella le respondía diciéndole que se sentía asustada con tanto amor, que nunca hubiese pensado que amar fuese tan grato y doloroso al mismo tiempo. Se había casado con diecinueve años creyéndose enamorada, pero los años, la rutina, la monotonía de una vida en común habían dado paso a un renacer en el que, a sus cuarenta y tres años, había sentido por vez primera lo que era el verdadero amor, ese que había surgido hacia un hombre al que no conocía físicamente, pero en el que había entrado, gracias a internet, en lo más recóndito de su alma y mente. Al mismo tiempo sentía pesadumbre, sentimiento de culpabilidad por traicionar a su esposo, sucia por dentro. Otros mensajes eran de contenido erótico. En ellos se relataban, con una naturalidad exultante, como si dos cuerpos y dos mentes fuesen uno solo, los encuentros íntimos, sin fronteras. En las diez u once relaciones que tuvieron, Rosa sintió como jamás antes había sentido, tuvo orgasmos repetidos, varios en unos minutos, intensos, relajantes, enervantes. Lo mismo contaba Jorge, que se sorprendía de su potencia sexual, antes debilitada, y con ella con deseos cumplidos de

una segunda vez y una tercera, y más en cuanto su cuerpo pudiera. Jorge y Rosa apenas consiguieron verse en doce ocasiones, algunas veces en casa de ella, en una localidad que no se mencionaba. No todos los escritos eran amorosos, que los había de amargura y tristeza por no poder estar juntos. Estaban de acuerdo en que su amor solo hiciera daño a ellos, no querían romper las familias que habían formado; era demasiado tarde, eran muchos los años de convivencia matrimonial que, en ausencia de enamoramiento, sí habían engendrado sentimientos de amor hacia sus conyugues, un amor pausado y distinto al que sentían el uno por el otro, porque el amor es múltiple, complejo, impreciso y preciso al mismo tiempo, un diamante con muchas facetas. A través de los mensajes se resolvieron los misterios, el del teléfono y el de la estancia de Jorge en Barcelona, el de su desnudez. Él había comprado dos teléfonos para ellos, contratado dos líneas a su nombre para preservar la identidad de su amada, a fin de que pudieran llamarse a cada instante, varias veces al día en los once años de relación. Acudió a Barcelona pretextando que tenía unas jornadas de químicos en Sevilla. La hija de Rosa vivía en la planta cuarta del número veinte de la Carrer del Doctor Trueta. Allí se reunieron aquella noche. Yo intuí que en la madrugada del dos de junio, después de una noche de pasión, Jorge se sintió indispuerto y, sabiendo que sufría un infarto, salió del piso para no comprometer a su amada. Murió en las escaleras. Tal vez pudo salvarse si se hubiese llamado a una ambulancia, pero prefirió morir.

El misterio estaba resuelto, mas sentí deseos de saber dónde vivía Rosa, de conocerla. Decidí no comunicar a la familia de Jorge lo que había descubierto. El conocer la verdad solo engendraría dolor.

Días después de haber leído todos los mensajes, Luis Ortega me llamó desde la Comandancia para darme la clave de acceso a la cuenta de correos de Jorge, también para decirme dónde estaba ubicado el ordenador de Rosa. La noche en que me llamó, sobre las once, entré en el correo de Jorge sin demasiado interés. Había nuevos mensajes, uno cada día desde los cinco días posteriores a su muerte. Era posible que Rosa no supiese que su amado había fallecido. Cliqueé sobre el primer mensaje recibido tras la muerte y leí: “Amor mío: sé que ya no estás al otro lado, que ya no podrás venir a verme más ni leer mis mensajes ni oír yo tu voz, pero siento necesidad de escribirte porque yo ya no soy yo, porque mi cuerpo ya no es mi cuerpo y, como decía el poeta, por doler me duele hasta el aliento. Dolor, amor, por haberte perdido, más por haberte obedecido y haberte dejado aquella noche allí, desnudo, en aquella escalera de

Barcelona, hoy mi amargura y ansias de morir, porque yo soy tú y no yo, porque morí también en aquella escalera. ¿Qué sentido tiene ahora la vida? Tú sabes, amor mío, que eras la ilusión diaria, la voz del consuelo, la alegría en seguir cuando ya todo declina y la felicidad es una quimera. Esperábamos poder vivir juntos algún día, aunque fuese con ochenta años... No puedo seguir escribiendo, amor, ahora no, se está llenado de lágrimas el teclado”. Este mensaje fue un trallazo sobre mi alma, un electrizante alarido en mi conciencia. No pude dormir, a las seis de la mañana salía de mi aparcamiento destino a Nájera. Era mi último día de vacaciones.

El ordenador desde el que Rosa escribía cada día, entre las cuatro y las cinco de la tarde, resultó estar en un locutorio de esa localidad. Alquilé un terminal en él a las tres treinta y me entretuve leyendo los otros mensajes hasta que llegara. A las cuatro y diez entró una mujer de unos cincuenta y tantos años, de pelo corto, peinado a la francesa. Su rostro era serio, muy serio; su cara demacrada, sin luz, como ausente de vida, de tez macilenta, como si hubiese adelgazado súbitamente. No pude verle los ojos, porque los cubrían unas gafas de cristales negros, muy grandes. Se sentó a escasos tres metros de mí. Estuvo pendiente del monitor unos diez minutos, como leyendo; después escribió durante dos o tres. En cuanto dejé de oír su teclado, recibí su mensaje. No lo leí. Cliqueé sobre “responder” y escribí: “No sufras, gorrioncillo, que yo siempre te querré. Nuestro amor está por encima de la muerte. Siempre estaré contigo”. Ella se quitó las gafas en cuanto lo recibió, miró la pantalla denotando sorpresa. Sus ojos tenían evidentes síntomas de haber llorado mucho, o de estar enfermos, pero se habían iluminado. Se volvió a poner las gafas y cliqueó. No le noté reacción alguna mientras leía. Parecía una estatua o un personaje petrificado de una película de Bogart, en blanco y negro, a la que solo vi un leve cambio en el semblante y en los labios, que le hizo recobrar vida. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se las limpió con un dedo, se tapó el rostro con la mano izquierda mientras que con la derecha, con un solo dedo, escribía. Recibí su mensaje. ¿“Estás ahí, amor mío”?”, preguntaba. No pude contenerme más. Apagué el ordenador, pagué al empleado del locutorio y salí de allí.

El camino de regreso fue muy largo y silencioso, ni siquiera encendí la radio. Meditaba. Yo, hasta ese día, creía que el amor es cosa de jóvenes, que es imposible que un anciano se enamore. Entonces, comprendí que no es así, que no es patrimonio de ninguna edad, que es posible amar con pasión en la madurez e incluso en la vejez. Sentía ganas de llorar, dolor y pena. Mi amor por Inés no era tan fuerte ni tan

hermoso como el que había surgido entre dos seres humanos que se sentían solos, cansados de la vida, sin alicientes. Sentí rencor contra ellos, también envidia de aquel hombre que vino del sur, porque era amado más allá de la muerte.